

Confucio

Textos escogidos

Selección, traducción del chino clásico, estudio
y notas de Gabriel García-Noblejas Sánchez-
Cendal y Carmen Torres Marín



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Títulos originales: 论语 [Analectas]. 孝经 [Libro del amor filial]

Ediciones originales: «论语译注», 十三经译注丛书, 上海古籍出版社, Shanghai, 2004. «孝经译注» 十三经译注丛书, 上海古籍出版社, Shanghai, 2004.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la selección, la traducción, el estudio y las notas: Gabriel García-Noblejas Sánchez-Cendal y Carmen Torres Marín, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-510-2
Depósito legal: M. 21.589-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 10 Cronología de las dinastías chinas
- 11 Estudio preliminar: El confucianismo ayer y hoy
- 35 Pensamientos o *Analectas* (selección)
- 85 Libro del amor filial
- 117 Índice onomástico y de conceptos

El presente libro, sobre el mayor maestro de la China antigua, no podía estar dedicado sino al mejor profesor de toda nuestra vida, Rafael Núñez Ramos. En estas páginas, de alguna manera, vuelve a él algo de lo mucho que nos dio y enseñó en la universidad de Oviedo y, luego, en sus cartas y correos.

CRONOLOGÍA DE LAS DINASTÍAS RELEVANTES*

Dinastía Shang 商	1750-1080 a. C.
Dinastía Zhou 周	1080-221 a. C.
a) Zhou Occidental 西周	a) 1080-771 a. C.
b) Zhou Oriental 东周	b) 771-221 a. C.
– Era de «Primavera y Otoño»	771-481 a. C.
– Era de «Reinos Combatientes»	481-221 a. C.
Dinastía Qin 秦	221-206 a. C.
Dinastía Han 汉	206 a. C.-220
– Han Anterior	206 a. C.-9
– Han Posterior	25-200
Tres Reinos 三国	220-265
– Dinastía Wei	220-265
Dinastía Jin Occidental 西晋	265-316
Dinastía Jin Oriental 东晋	317-420
Dinastías del Norte y del Sur 南北朝	420-589
Dinastía Sui 隋	581-618
Dinastía Tang 唐	618-907
Dinastía Song del Norte 北宋	960-1127
Dinastía Song del Sur 南宋	1127-1279
Dinastía Yuan 元	1279-1368
Dinastía Ming 明	1368-1644
Dinastía Qing 清	1644-1911

* Autor: Julio López Saco, tomado y modificado levemente de G. García-Noblejas, editor, *China. Pasado y presente de una gran civilización*, Alianza Editorial, Madrid, 2012, pp. 29-30.

Estudio preliminar

El confucianismo ayer y hoy

El volumen que el lector tiene en las manos nos ofrece, seguramente, los dos libros más importantes que existen para poder comprender con cierta profundidad el confucianismo original y, por ende, por qué China y sus habitantes se comportan como lo hacen en el mundo de hoy. Las obras en cuestión son los *Pensamientos* –o *Analectas* (en chino, 论语)– de Confucio (Kongzi o Kongfuzi) y el *Libro del amor filial* (en chino, 孝经), que seguramente se fueron componiendo entre los siglos V y IV a.C.

Sin el confucianismo –sin los textos que hoy traducimos– es imposible comprender ni el desarrollo de China a lo largo de la Historia, ni el estatus mundial que hoy ostenta, es decir, el de ser el segundo país más poderoso del planeta. ¿Por qué? Porque es en los textos que ahora traducimos donde se definió con meridiana claridad para los chinos el bien y el mal en términos éticos y morales, es decir, donde se estipuló cómo debían compor-

tarse las personas en *toda* actividad y circunstancia. Tanto en los *Pensamientos* de Confucio como en el *Libro del amor filial* quedó claramente expuesta la ética en el ámbito familiar, en el ámbito social y en la política del país entero. Recordemos, de paso, que nuestros libros de hoy definieron –y definen– no sólo el espíritu de los chinos, sino también de los habitantes de los países asiáticos de influencia cultural china. Por ello, nuestros textos confucianos explican también, en parte, por qué los japoneses, los coreanos, los taiwaneses y los singapurenses son como son y sus países y regiones están donde están en el actual marco global y económico.

Porque el confucianismo y su exigencia de amor a los padres nunca se circunscribió ni se circunscribe a un comportamiento solamente individual, privado, familiar. Como verá el lector, el amor y el respeto filial son los sentimientos que el confucianismo presentó como eje de la relación que debía haber entre los emperadores del pasado y su pueblo, pero resulta que también son los que se presentan para estructurar los derechos y obligaciones que ligan al gobernante y al gobernado *hoy día*. No en vano, el actual presidente de la República Popular de China no ha dejado de recurrir, proponer e implantar (por la vía de la ley) la ética confuciana a la moderna sociedad industrializada y tecnológica de China en la última década. De modo que no es en absoluto exagerado afirmar que el que China sea hoy la segunda potencia mundial tiene mucho que ver con el contenido de estas páginas. Intentaremos ver todo esto con un poco más de detenimiento en las líneas siguientes.

Aunque Confucio viviera en la convulsa China de hace veinticinco siglos, su voz nos resulta tan actual y tan sabia que se diría que conoce nuestros desajustes globales y nuestras debilidades íntimas de hoy casi mejor que nosotros mismos. Entre su voz y nuestra vida no parece haber distancia; desde luego, no parece haber *tanta* distancia como uno se podría haber esperado. Sin embargo, aunque sus enseñanzas no nos resulten distantes, seguramente sí nos parecerán novedosas y originales con respecto a nuestras tradiciones filosóficas y espirituales más cercanas y familiares. Distintas, pero no distantes. Distintas, pero actuales y comprensibles.

Confucio forma parte de ese grupo de figuras clave para el desarrollo del espíritu humano universal que el gran filósofo Karl Jaspers aunó bajo el concepto de «figuras de la Era axial» (800-200 a.C., aproximadamente), entre las que se encuentran, por ejemplo, Platón y Buda. Se trata de una Era en la que nacieron todas las corrientes de pensamiento actuales y en la que el ser humano tomó conciencia de sí mismo en total plenitud creativa. Entre todas esas figuras, Confucio ocupa un lugar propio con una voz tan sabia y tan sencillamente humana que sólo podemos lamentar el desconocimiento que aún tenemos de ella no sólo en nuestras casas sino también en nuestras facultades universitarias. Su voz se suma a la de otras figuras de la Era Axial que, como Sócrates o Aristóteles, sin renunciar en absoluto a su religiosidad, aportaron una perspectiva más filosófica y menos mitológica a la búsqueda de la Sabiduría.

Como veremos más abajo, a largo de la dilatada Historia de China, Confucio ha sido tanto enaltecido y alaba-

do como humillado y denostado. Hoy vive momentos de gloria, pues, como ya se ha señalado, el actual presidente de la República Popular de China, Xi Jinping, ha propuesto el pensamiento de Confucio como modelo ético para el segundo país más poderoso del mundo. Pero no siempre ha sido así. Confucio nació el año 551 a.C. en el Estado de Lu en un tiempo en que el Reino del Centro era un mosaico de Estados en guerra permanente. Llevó una vida errante, viajando de Estado en Estado y tratando de formar buenos gobernantes y buenas personas en general, para, así, lograr la paz y la estabilidad en los reinos, en las sociedades, en las familias y en los corazones. Murió casi con toda certeza en el año 479 a.C. en su Estado de nacimiento con cierta fama y sin demasiada gloria, pero dejó tras de sí una serie de discípulos que recogieron por escrito su pensamiento en los textos que hoy presentamos, que transmitieron sus enseñanzas a las generaciones posteriores y que llevaron a la práctica su doctrina, tanto en calidad de hombres de gobierno como en calidad de miembros de la unidad fundamental de la sociedad china: la familia.

Confucio lo fundamentaba todo en conceptos como *justicia* (*yi*, 义), *amor universal* (*ren*, 仁), *integridad* (*de*, 德), *amor filial* (*xiao*, 孝) y *Normas y Ritos* (*li*, 礼). De todos ellos, el más importante y difícil de abarcar intelectualmente desde nuestros presupuestos culturales es el de *ren* o *amor universal*. Con este concepto, Confucio se refiere a un sentimiento de afecto, estima, consideración, empatía, ayuda desinteresada, generosidad y trato humano a todos por igual. Considera que, para vivir según el amor, es preciso seguir las Normas y los Ritos anti-

guos, que son, así, las vías de canalización correctas para tan generoso afecto; que no por generoso deja de llevar consigo un discernimiento entre el bien y el mal, es decir, lo que debe amarse y lo que no (fragmento 4.3). El resultado es que la persona que vive así, al vivir por y para los demás pero comenzando por sí misma, colabora en la construcción de una sociedad en armonía. El paradigma de dicho afecto es el amor paternofilial, un sentimiento que el segundo libro que aquí traducimos propone que se extienda a todas las relaciones sociales, a las intrafamiliares, a las extrafamiliares y a las políticas.

Consideraba Confucio que tales conceptos no debían proponerse ni defenderse de manera teórica ni dogmática, sino que debían enseñarse e inculcarse en la práctica y con el ejemplo vital. La figura que debía dar dicho ejemplo y ser dicho modelo en su vida diaria era la que él llamaba *hombre de bien*, *hombre noble* (*junzi*, 君子), el hombre a cuya forma de ser y de vivir dedicó el Maestro gran cantidad de pensamientos, como verá el lector en las líneas que siguen. Confucio no quería teorías del comportamiento humano sino seres humanos que se comportaran debidamente y, por añadidura, sirvieran de ejemplo a los demás. Lo fundamental en todo hombre auténticamente noble no era el cumplimiento frío y mecánico de las Normas y los Ritos, sino el sentimiento, el amor por lo bien hecho y, en consecuencia, el llevar una vida correcta y sincera. Confucio estaba convencido de que si los hombres de bien, al dirigir sus Estados, comunidades o familias, amaban la vida de bien, los que fueran por ellos dirigidos también la amarían de una forma natural, sincera y espontánea y, en consecuencia, la sociedad en-

tera, el mundo entero amaría y viviría según la justicia, la solidaridad humana y lo estipulado por las Normas y los Ritos gracias al ejemplo auténtico.

Normas y Ritos es, pues, otro concepto capital. Se refiere a las normas que pautaban el comportamiento de la persona en lo religioso (los rituales a los dioses, el culto a los espíritus de los ancestros familiares), en lo social (las normas de corrección y buena educación, el cumplimiento de los deberes filiales y paternos) y en lo político (los protocolos que regían las audiencias, el trato entre súbditos y señores, y la diplomacia). Confucio sostenía que las Normas y los Ritos que debían seguirse eran los que habían implantado los gobernantes en la primera parte de la dinastía Zhou (dinastía modélica para Confucio por su buen hacer), como, por ejemplo, los reyes Yao y Shun, el rey Wen o el duque de Zhou. Tales normas y ritos habían quedado escritos en los libros de dicha época, libros cuyo estudio Confucio consideraba crucial para llegar a ser un hombre acabado, noble de espíritu. Los modelos de la sociedad y del hombre perfectos se debían buscar en los libros de aquella lejana época que abarcó del año 1122 a.C. al 771 a.C.; libros en los que se detallaba cómo eran los ritos y cultos religiosos, la música y los comportamientos sociales, familiares y políticos que Confucio quiso rescatar y propugnar; libros que detallaremos más abajo (véase p. 23 *infra*). De ahí que Confucio afirmara que él no había creado ninguna idea nueva, que simplemente había transmitido las de sus modelos antiguos, a los que admiraba, como leemos en el fragmento 7.1 *infra*.

Tales ideales clásicos debían encarnarse en un tipo de persona muy particular a la que ya hemos hecho alusión:

aquella a la que Confucio llamó *junzi*, es decir, *hombre noble de espíritu*. Ser de fiar, amar a todos los hombres por igual y sin distinción, ser honesto, tratar a todos con respeto y afectuosamente, impartir justicia sin favoritismos y con flexibilidad, entregarse al servicio de los demás, estudiar con ahínco en los libros antiguos los modos correctos de vivir y de gobernar, ser austero consigo mismo y generoso con los demás, hacer las ofrendas debidas a los dioses y los espíritus de los ancestros con auténtico sentimiento de respeto y veneración, ayudar a todos a desarrollar sus lados buenos y a abandonar los malos, vivir de determinado modo en vez de predicar un determinado modo de vida: he ahí algunos de los rasgos con que Confucio define al *junzi*, a la persona ejemplar, al *hombre noble*. Para Confucio, el eje de la estructura del mundo, de la sociedad y de la familia no era una estructura políticosocial ni legal externa a la persona sino la nobleza de espíritu de cada uno.

La sabiduría de Confucio no buscaba tanto crear una estructura política ni legal que se impusiera desde arriba como emparar el corazón de cada persona. Confucio no quería cambiar las leyes ni las estructuras gubernamentales sino el corazón de las personas para, desde ahí, sembrar la paz, la justicia y la armonía en un mundo en el que, como sucede en el nuestro de hoy, abundaban la guerra y la violencia, el abuso y la injusticia. Jamás habría fundado lo que, en términos modernos, podríamos entender como una facción o partido político, algo sujeto a una disciplina. En cambio, fundó la primera «universidad» de Asia: una suerte de academia, comparable, *grosso modo*, con la que fundó Aristóteles en la Atenas clásica.

Ya muerto Confucio, su pensamiento se vio mezclado con el de otros grandes maestros confucianos y, en consecuencia, fue creciendo, estructurándose y cambiando hasta que, por orden del emperador Wu (156-87 a.C.) fue declarado el fundamento religioso, ético y moral del Imperio, como veremos más abajo. Pero el pensamiento que fue así engrandecido ya no era el de Confucio, sino otro distinto que se había ido modificando con el paso de los siglos y con las variaciones, matizaciones y añadidos que habían ido aportando otras figuras confucianas. En consecuencia, hay un momento a partir del cual debemos dejar de hablar del pensamiento de Confucio y comenzar a hablar de *confucianismo*, teniendo en cuenta que ya era éste lo que los expertos en ciencias de las religiones denominan una «religión imperial»¹; la cual, como tal, proponía una ética y una moral para servir de fundamento a toda China, un país tan extenso y bien organizado como lo estaba, por aquellas mismas fechas, el Imperio Romano.

Cuando contemplamos el desarrollo del confucianismo en toda su extensión, no podemos dejar de percibir que ya en Confucio se hallaba la semilla de todo, por una parte, pero que, por otra, fueron surgiendo tendencias dentro del confucianismo alejadas, incluso *muy* alejadas, del pensamiento del fundador. En Confucio, y en todo el confucianismo hasta el presente, se percibe una tendencia al cultivo del hombre noble, al perfeccionamiento de las virtudes individuales que, como veíamos más arriba

1. Véase, por ejemplo, Francisco Díez de Velasco, *Breve historia de las religiones*, Alianza Editorial, Madrid, 2006, pp. 69 y ss.

(véase pp. 16-17), definían al *hombre de bien*, al hombre *noble de espíritu*. Pero, al mismo tiempo, existe otra tendencia no hacia el interior de la persona, sino hacia el exterior, hacia la sociedad, hacia la familia, hacia la «cosa pública»; nos referimos ahora al deseo de que el gobernante inculcara en la totalidad del pueblo (mayoritariamente iletrado en sus tiempos) por la vía del ejemplo el correcto orden social, moral, político y religioso. Según esta idea, bastaría así con que el gobernante obrara bien para que el pueblo también lo hiciera *motu proprio*. Consecuentemente, emplear la ley para gobernar habría sido una vergüenza, pues en tal Estado el pueblo no actuaría con autenticidad y la enseñanza confuciana no habría cambiado el corazón de las personas.

La transmisión del pensamiento de Confucio comenzó siendo oral y, siglos después, pasó a ser escrita. Confucio transmitió primero su pensamiento a no más de unos cien discípulos en vida. Algunos de éstos, al parecer, ocuparon ciertos cargos de poder en alguno de los Estados en que la China de entonces se hallaba fragmentada. A la primera generación de discípulos pertenecerían destacados nombres como los de Yan Hui y Zengzi. A la segunda generación, Zisi, quizá nieto del mismo Confucio y probable autor de *El justo medio* (*Zhongyong*, 中庸), opúsculo que siglos más tarde formaría parte del canon de textos sagrados del confucianismo. A la tercera generación pertenecería el segundo gran maestro del confucianismo clásico, Mencio (Mengzi, 372 a.C.-289 a.C.), quien nació un siglo después de Confucio y vino a añadir una serie de ideas nuevas al acervo que no entraban en contradicción con éste. Discípulo directo de Mencio fue el tercer gran

maestro antiguo, el maestro Xun (313 a. de C.-238 a.C.), quien, a diferencia del anterior, introdujo una serie de nuevas ideas poco o nada acordes con las de Confucio que modificaron para siempre la tradición confuciana; nos estamos refiriendo, entre otras, a la idea de que era apropiado el empleo de la ley para el gobierno de los Estados, idea que, como ya hemos señalado, Confucio rechazaba de plano. Por influencia del maestro Xun, pues, el confucianismo aceptó el empleo de la ley para gobernar y comenzó a profesarlo. Dicha ideología seguramente le fue inspirada por pensadores de la escuela filosófica llamada legismo, como, por ejemplo, Shen Buhai (395 a.C.-337 a.C.) y Shang Yang (390 a.C.-338 a.C.).

No debemos olvidar que nos estamos refiriendo a unos tiempos en los que el confucianismo no era sino una tradición más entre otras de igual importancia, entre las cuales conviene recordar el taoísmo, el moísmo y el susodicho legismo. Esta última escuela de pensamiento, que propugnaba precisamente lo contrario que el confucianismo para el gobierno, es decir, la aplicación estricta de la ley, recibió el beneplácito de uno de los gobernantes de uno de aquellos Estados en guerra, el Estado de Qin, quien, gracias a su aplicación rigurosa y hasta dictatorial, consiguió vencer militarmente a todos los demás Estados y convertirse en hegemónico. Al conquistar militarmente a todos los demás, al vencerlos y someterlos, reunificó el territorio chino bajo su sola corona y fundó la dinastía Qin. Nació así un nuevo imperio militarizado y regido por la ideología de la escuela legista; imperio que se vino abajo muy pronto, pues implantaba una política totalmente contraria al sentir social de entonces.